

CALLE DE BRETÓN, ACTUAL SANTA LUCÍA

SU NOMBRE ORIGINAL LE RENDIA HONORES A UN FRANCÉS QUE LUCHÓ CON LOS ESPAÑOLES EN CONTRA DE LOS INDIOS DEL SUR. POR INICIATIVA DE BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, HOY LA CALLE LLEVA EL NOMBRE DEL CERRO QUE LA BORDEA.

Por Sergio Martínez Baeza

Para el consumo de los primeros habitantes de la naciente capital del Reino de Chile, el agua no fue pura. Se obtenía del río Mapocho y era barrosa. Algunos de los noveles propietarios habían hecho norias en sus solares, pero tampoco podía obtenerse de ellas agua cristalina y resultaba necesario filtrarla en ollas de piedra caliza, volcánica y porosa, instaladas en las modestas viviendas. En invierno los vecinos acopiaban agua de lluvias para beberla y bajo la piedra de filtrar, goteaba el agua limpia durante todo el año.

Existían en las tierras del cacique de Tobalaba, varias vertientes que producían agua pura, que el Cabildo de Santiago quiso utilizar para la provisión de los vecinos, y así lo acordó en febrero de 1575.

En 1577 se iniciaron los trabajos para conducir el agua desde Tobalaba al centro de la ciudad, abriéndose un cauce a tajo abierto, de media vara de ancho y de una vara de profundidad, de cal y ladrillo. Corría por los campos de Ruñoa, protegido por tapias a sus costados y llegaba hasta la plaza que hoy llamamos Baquedano, donde era recogida en pequeños estanques para decantarla. De allí, por medio de tubos de greda, a cinco metros de profundidad, el agua era conducida hasta la plaza que hoy lleva el nombre de Andrés Bello, al costado sur del cerro Santa Luda y en la proximidad del Museo Nacional de Bellas Artes. En ese sitio se construyó un gran estanque de cal y ladrillo, desde el cual se conducía el agua hasta la Plaza de Armas, por tubería de greda y también con reparto del preciado líquido a través de acequias que corrían por los fondos de los solares de los primeros pobladores de nuestra ciudad capital.

Por primera vez el agua de Tobalaba llegó a Santiago en 1578 y los vecinos pudieron utilizarla, pura y cristalina, extrayéndola de la fuente que se instaló en la Plaza de Armas, y no tan libre de suciedad, pero útil para limpieza y regadío, de las acequias antes mencionadas.

Otras dos fuentes públicas estuvieron frente a la iglesia de San Saturnino, que fue elevada en 1577, en homenaje al santo patrono de los temblores; y frente a la iglesia de San Francisco. La inundación provocada por el río Mapocho en 1607 destruyó por completo la Iglesia de San Saturnino, que debió ser trasladada al lado poniente del cerro, y reconstruida en la plaza de carretas que allí había formado Rodrigo de Quiroga, actual plaza Vicuña Mackenna. Esta iglesia estuvo allí hasta fines del siglo XVIII en que fue demolida para construir la Casa de Recogidas, que el Marqués de Montepío, generosamente, donó a la ciudad para dar protección y asilo a mujeres necesitadas.

Parece lógico pensar que desde el estanque de la actual plaza Be-

llo, debió arrancar un canal que, bordeando el faldeo poniente del Cerro Santa Lucía, llegaba hasta la Cañada, que daba un salto en su torrentera norte, que el conquistador Bartolomé Flores, abuelo de la Quintrala, aprovechó para instalar un molino. De allí seguía y alimentaba dos fuentes, la de San Saturnino y la de San Francisco, además de mover otro molino, el de Rodrigo de Araya.

Junto al canal se fue abriendo un sendero de cabras que hubo de ensancharse para que cupiese un arriero con su mula y acortar el recorrido de los chacareros que llevaban trigo a los molinos. Estos continuos trajines dieron animación al camino. Con el ir y venir de mulas y borricos se fue abriendo un callejón de tierra que permitió el acceso a pequeñas huertas que surgieron en la ladera. Por esos años, la calleja era conocida como calle "Del Molino". Más tarde, cuando tuvo algunas casas trepando por la cuesta, el ingenio del pueblo dio en llamarla calle "Del Alto del Puerto".

Dice Sady Zañartu que en el año 1767, un caballero francés llegado a Chile resolvió construir su casa en la falda alta del Cerro Santa Lucía, buscando la pureza del aire para la salud de su esposa, enferma del pecho. La casa, en la vecindad del molino de Flores, puso una nota de color en la aridez del peñón, con un jardincillo que se formó con la nostalgia de los famosos vergeles de la lejana Normandía.

Este francés se llamaba don Reinaldo Le Bretón, y era natural de Saint-Maló. Había llegado a Chile en 1746 y poco después contrajo matrimonio con doña Josefa Dunosey Caldera, chilena.

Apenas habían transcurrido dos años de su instalación en el cerro, cuando una orden del rey don Carlos III vino a perturbarlo, ordenando la salida del reino de todos los extranjeros. El francés, amigo del Gobernador don Juan de Balmaceda y ante una gran sublevación de los indios en el sur, ofreció formar, con otros extranjeros residentes, una legión de milicianos dispuestos a ir a combatir a los indios rebeldes, a cambio de un permiso de permanencia. Fueron tan útiles los servicios de Le Bretón, que S.M. no sólo le permitió quedarse, sino que, además, le concedió el cargo de Fiel de los Almacenes de Pólvora de Santiago.

En 1802 falleció el señor Le Bretón legando su nombre a la calle en la que fuera su primer morador. No pasaba de ser un callejón retorcido, enjuto y empinado, que pasó a ser conocido como calle de "Bretón". Tras el embellecimiento del rústico peñón, por iniciativa del gran Intendente don Benjamín Vicuña Mackenna, tomó el nombre de calle de Santa Lucía.